

JOAQUIN V. GONZALEZ

RIMAS



CÓRDOBA

Tip. «La Epoca», Dean Funes 25 y 27

1885



RIMAS.

DE

J. V. GONZALEZ



CÓRDOBA

Establecimiento tipográfico de -La Época.-.

1885.

A ENRIQUE E. RIVAROLA

AUTOR DE

Primaverales, Nuevas hojas, Mar al viento.

El Autor.

PRÓLOGO.

En un país en que las bellas letras no han alcanzado todavía el grado de perfección y desarrollo característicos de una elevada cultura social, y en una época de acaloradas contiendas y profundas divisiones políticas, como inevitablemente acontece en momentos dados en la vida de las democracias, es altamente grato y consolador al espíritu encontrar en el camino á jóvenes que, en vez de la tea incendiaria del partidismo exaltado, lleven en sus manos la sagrada antorcha del arte, á favor de la cual, cuando tienen ideas en el cerebro y fuego en el corazón, suelen conducirnos hasta los altares del templo de aquella augusta divinidad.

Tal sucede en nuestro sentir con el joven y ya conocido escritor don Joaquín V. González, quien, á pesar de sus cortos años, ha conseguido ocupar un lugar distinguido entre esa pléyade de inteligencias de la nueva generación que con éxito más ó menos feliz van enriqueciendo cada día con sus obras nuestra embrionaria literatura nacional.

Desde muy temprana edad, con una constancia y entusiasmo ajenos á ella, González ha cultivado la natural vocación de que parece estar dotado para todo género de trabajos literarios, ensayándose desde el ligero suelto del diario hasta las más elevadas y atrevidas formas que pueden revestir las concepciones humanas. Pero es sobre todo en el cultivo de la gaja ciencia donde su espíritu delicado y soñador ha buscado las galanas y armoniosas formas del lenguaje rítmico para expresar el calor de sus inspiraciones y la ternura de sus afectos. Desde muy niño compuso versos, é hizo de la poesía su afición favorita.

Es bajo esta faz que debemos considerarlo en las presentes líneas, encaminadas más bien que á hacer un juicio crítico de sus obras y de sus talentos literarios, á lle-

varle la cariñosa palabra de estímulo y de aliento que ha menester todo aquel que, como nuestro joven amigo, siente al mismo tiempo dentro sus venas los ardorosos entusiasmos del estro bullidor y los involuntarios estremecimientos de una pudorosa y tímida modestia.

Gonzalez revela desde luego en todas sus composiciones cualidades de verdadero mérito que, con el estudio, madurez de los años y el mismo empeño hasta aquí manifestado, han de confirmarle para mas allá de sus contemporáneos el ya otorgado título de poeta. Clara inteligencia, delicadeza de sentimientos y amor entrañable al arte, son dotes con que generalmente no vienen adornados todos los que se lanzan al anchuroso campo de las letras.

Sin embargo, á pesar de tan excelentes condiciones, nuestro autor no ha definido aún claramente, en nuestra opinion; lo que nosotros llamariamos su fisonomia poética, lo que por otra parte nada tiene de excepcional, dados sus pocos años y las naturales indecisiones consiguientes al comienzo de toda carrera. Por eso le vemos fluctuar entre diversos estilos, (tomando esta última palabra por la manera peculiar de espresarse cada autor) ora imitando en sus primeros cantos la robusta y sonora entonacion de la lira de Espronceda, ora dejándose arrastrar por el estilo brillante, pomposo y deslumbrador de nuestro inmortal Andrade, y ora, en fin, lo que es mas de notar, siguiendo las huellas del malogrado Becquer, que, imitador á su vez de Heine, dista mucho por cierto de la magestad, elevacion y grandeza de los dos primeros. Faltan aun á su pincel de artista ciertos tonos especiales, determinados toques y un colorido propio que lo caracterizará mas tarde. Ello vendrá á no dudarlo dentro de muy poco tiempo, espontánea y naturalmente, sin esfuerzos, sin violencia, y tal vez sin que él mismo lo perciba.

Las composiciones que hoy publica y á las que sirve de introduccion este incompleto discurso, son exclusivamente las que pertenecen al género *becqueriano*; y aunque el hecho de haberlas coleccionado el mismo autor y el conjunto armónico que ellas presentan parecen contrariar nuestro juicio anterior, sin embargo para nosotros queda subsistente, y solo vemos en ello una tendencia, bien manifiesta es cierto, hácia la forma definitiva que su género y la indole de su talento poético han de adoptar en breve.

En fin, sea de ello lo que fuere, lo incontrovertible es que nuestro jóven autor posee cualidades y dotes literarias que hacen saborear con gusto todo lo que sale de su galana pluma; y en la coleccion hecha por propia mano no será por cierto donde ménos brillen tan excelentes condiciones.

Como Becquer, con cuya musa parece estar la suya en estos últimos tiempos en amistoso consorcio, ha intitulado modestamente sus poesias con el genérico nombre de *Rimas*, dejando para cada una en particular el titulo que al lector mejor le pareciere; y entre ellas hay algunas á las que no se desdeñaria por cierto en poner su firma el renombrado vate español.

En efecto, en nada desdicen de las mas celebradas composiciones de este último, tanto por la fluidéz y dulzura de la versificacion como por la ternura y delicadeza de los pensamientos, las siguientes estrofas que entresacamos al acaso de las que forman la coleccion.

Principiaremos por las eróticas, de las que, como era de suponerse en un poeta de veinte años, hay varios ejemplares; y ya se comprenderá que á designio damos la preferencia á las de este género, para aquilatar la ardentia poética de su corazon, fuente principal de las verdaderas inspiraciones.

En la rima XIX, dirigiéndose á la dueña de sus pensamientos, dice:

El éco de ese salmo dolorido
Que al instrumento arrancas
Hace temblar las fibras de mi pecho,
Como tiemblan las auras
Al sopló de las notas gemidoras
Que llevan en sus álas.

Y en la siguiente:

Eres tú para mí la vida, el todo,
Todo eres mi....
¡Ay! arráncame pronto de esta duda:
¿Qué soy yo para tí?

En la XXI:

Eres el dios que arrancas de mis fibras
Las notas una á una;
Eres el aura que mi sien orea
Cuando la inspiracion la agita y turba;
Eres el néctar que la amarga copa
De mi existencia endulza.

Somos los dos palomas de una selva
 Perfumada é inculta,
 Donde no llega el grito
 De las pasiones que la dicha enturbian.

No se puede espresar con mas fluidez, ternura y sentimiento la idea melancólica de la muerte, que en la siguiente estrofa, que, en nuestro sentir, por sí sola, constituiria una composicion mucho mas bella y perfecta, que con el agregado de las otras dos estrofas de que consta.

Rima XXIII:

Cuando veo las gotas de rocío
 Que caen de las flores,
 Suelo pensar: en el sepulcro mio,
 En la hora del crepúsculo sombrío,
 La virgen de mis célicos amores
 ¿Acaso llorará sobre mis flores?

Es igualmente bella y está toda entera impregnada de amoroso fuego la que lleva el número XXXI, siendo digno de notarse que es esta la primera vez en que su corazón exhaló acentos quejumbrosos, siendo también la vez primera que, al hablar de su amada, abandona el tono suave y dulce que acostumbra, para revestirse de cierta hiriente melancolía.

En fin y para concluir con las citas, trasladaremos íntegra la rima XXXII, tanto por ser de un distinto á las anteriores, cuanto porque la reputamos una de las mejores de la colección; mas no será sin antes hacer mención de la XXXVIII que, salvo ligeros defectillos, merece, por la versificación y lo bien desarrollado del pensamiento dominante, ser colocada también entre las primeras.

Nótese cómo el autor sabe variar de tonos, adoptando en cada caso el mas propio del asunto.

Prometeo en la cumbre encadenado
 Con su gigante empuje forcejea,
 Y de un buitre la garra punzadora
 Con sangre del coloso el monte riega.

A cada herida que en su cuerpo se abre
 Brama, rechina, cruje la materia;
 Pero jamás la garra encarnizada
 Puede tocar la idea.

Nada importa! Al espíritu valiente
Clavadle en una cruz ó en una hoguera!
Siempre libre y audáz como el relámpago
Abrasa en su fulgor toda la tierra.

¡Atrás espectros de un Olimpo añejo,
Atrás con vuestro séquito de nieblas,
Que ya dora las cúspides la antorcha
Inmortal de la idea!

Después de haber tributado al autor los elogios merecidos, justo sería proceder en seguida, como críticos imparciales, á señalar las principales faltas ó defectos de que sus composiciones adolecen; pero, como lo hemos indicado al principio, esta tarea es ajena á nuestros propósitos. Quede ella para el público, severo y supremo juez en materias de buen gusto, quien sabrá notarlos donde quiera que se encuentren. Si nos hemos detenido en apuntar los pasajes mas meritorios, es porque ello era preciso para confirmar el juicio que sobre su talento poético habíamos emitido. Por otra parte, en nada acrecen ó amenguan los quilates de valor de una obra literaria el aplauso ó la censura indebidamente tributados.

Nos permitiremos sí indicar al señor Gonzalez que procure desligarse de las afecciones mas ó menos hondas que le han inspirado determinados autores, y que en sus nuevos cantos, abandonándose á su propio corazón, deje vibrar sonoras sus mas delicadas fibras, que ellas le han de dar los sonidos que en sus ensueños poéticos entren y por extrañas huellas vá buscando.

Ejercitese como hasta aquí en el divino lenguaje de las musas, y pronto, muy pronto saludaremos en él á uno de los escasos hijos de las provincias mediterráneas de la República que desde el pequeño centro en que viven hayan conseguido, merced á sus esfuerzos é inteligencia, labrarse una merecida reputacion literaria.

Miéntas tanto, reciba el sincero y cariñoso pláceme que anticipadamente y de todo corazón le enviamos.

Javier Lascano Colodrero.

Córdoba, Abril 11 de 1885.

Joaquín:

Brote del labio lo que el pecho siente.

M. PELAYO.

He leído sus «Rimas», i cumpliendo mi promesa, voi á manifestarle sin cortesanos requiebros la opinion que me merecen i la impresion que me ha producido su lectura.

Como es la primera vez que tengo la oportunidad de juzgarlo, siquiera sea en asunto de poca entidad, debo hablarle sin ambages, reticencias ni medias tintas, para que en lo sucesivo i llegado el caso, no quiera invocar precedentes de compasiva induljencia en su descargo. Sin embargo, no es un juicio crítico lo que voi á escribir sobre sus poesias: es simplemente una conversacion familiar i reservada, que usted en vez de escucharla, la lee.

Así, pues, como no trato de aquilatar el valor de sus versos con arreglo al criterio i sentido estético de la jeneralidad, la opinion que emito es eminentemente individual i aunque sus lectores i adictos acumulen pájinas sobre pájinas en elojio de sus rimas, yo no pensaré ni sentiré de otro modo. Que otros mejor informados, mas bien preparados i que tengan mas afinidades i puntos de contacto con usted en este aspecto de su vida, se constituyan en órganos de la opinion de todos i fallen en términos absolutos é inapelables.

La falta de episodios, circunstancias i situaciones sicológicas análogas en la historia de mi vida; la naturaleza prosaica i fria de los estudios i lecturas á que vivo consagrado hace algun tiempo; la agreste rusticidad de mi gusto literario; el materialismo brutal de nuestra época, que impregnando la atmósfera moral que nos envuelve, embota las fibras mas íntimas i delicadas de nuestro ser; ese amargo desencanto i agostador escepticismo que invade nuestra alma cuando contemplamos el abandono i el naufragio de los ideales; i el contajio de una jeneracion que va

Nutriendo su entendimiento

A espensas del corazon,

me inhabilitan para poder comprender i sentir las bellezas i emociones que encierran i condensan las rimas que hoy arroja á la publicidad i á la avidéz creciente de sus admiradores. De manera que, soi talvéz el único que no debia decir ni una palabra respecto de su coleccion de poesias; pero como ya tengo la pluma en la mano, la dejaré correr para que se tome la molestia de leerme.

El mérito primordial de las poesias que me ocupan,

consiste, para mí, en ser ellas un testimonio mas de la admirable flexibilidad de su talento, de la fina i esquisita delicadeza de su sensibilidad i de la exhuberante riqueza de su fantasia, que le permiten dar vida, forma i colorido hasta á esos matices del sentimiento, que, por su extrema tenuidad i sutileza, escapan á la observacion i al análisis.

Por lo demas, he recorrido de popa á proa sus «Rimas» por repetidas veces, i no he sentido renacer en mi pecho ni la conmocion plácida ó triste de un recuerdo, ni el murmullo lejano de las horas que se van, ni siquiera la repercusion apagada i confusa de una reminiscencia juvenil.

Sin embargo, esta frialdad de mármol con que he leído sus estrofas tiene fácil esplicacion, si bien no justificable en el sentir de muchos. Por temperamento i conviccion soi estoico intransigente en estas materias, i no quiero que el hombre exhale en público ni un suspiro de ansiedad, ni formule una queja de dolor, ni pronuncie un clamor de desesperacion, ni derrame una lágrima de duelo; deseo que todos tengan la heroica resignacion de los mártires ó que jiman en silencio, i que como los trovadores mediavales, solo entonen sus endechas i arrullos

De alta noche en la quietud sagrada.

Creo que de la vida íntima solo debe trascender á la exterior el perfume de las virtudes i no la resonancia destemplada de congojas i ternezas mas artificiales que sentidas.

Por otra parte, desde que vivo en las zonas templadas de la pasion i en la rejion de las calmas de la vida, no leo sino los cantos grandilocuentes de Olmedo, Heredia, Arbolada, Encina, Andrade i Nuñez de Arce.

En las estrofas de estos poetas siento agitarse nervios de acero i no fibras de mujer. Por eso, todo lo que no vibra en los tonos mas altos de la poesia lirica i se espacia en los ámbitos anchurosos del pensamiento no me seduce, no me asombra, no me admira, no me entusiasma ni me conmueve: oigo i leo con indiferencia de madera.

A esta causa debe atribuirse el que en la actualidad no sea partidario ni guste de esa poesia fujitiva i vaporosa, que en sonetos, letrillas i endechas cincela, graba, consagra é inmortaliza un pensamiento, una impresion, un recuerdo, una esperanza, una sonrisa, una mirada, una caricia, un beso, una promesa, un desden i un desengaño. Amo ésa poesia donde se agita, ondula i resuena todo lo grande, lo sublime i lo terrible; esa poesia donde las olas embravecidas encuentran un estallido, los huracanes un grito, las cataratas su fra-

gor i las tempestades su estruendo, como dice Torres Caido.

Arrullos, enternecimientos, sollozos i cuitadas querellas, que pasen, que pasen. Ecos, resonancias i ruidos pavorosos de la naturaleza, triunfos i progresos de la libertad, que suenen, que suenen.

Así se explica tambien el que en algunas rimas lo vea tan pequeño i afeminado como lo encuentro grande, sereno, reposado, apostólico, profético, valiente i de encumbrado vuelo cuando despliega las alas poderosas de su inspiracion olimpica en la rejion amplia, esplendorosa i siempre abierta de los grandes ideales del espiritu. Por esta razon, lo mejor que contiene su coleccion, para mi, son las rimas XXXII i XXXIII, porque las hallo varoniles y conceptuosas.

Apesar de todo lo que dejo escrito no abrigo el propósito ni la intencion de reprochar á usted los asuntos que han inspirado sus rimas. Cada uno siente lo que siente i no tiene mas deber que traducir i espresar con exactitud i fidelidad sus sentimientos. En esto está usted bien.—Entusiasmos i fantascos de infantil candor, deleites de ilusion i de esperanza, éxtasis i arrobamientos de amor i de ternuras, protestas i juramentos de caballerisca i eterna fidelidad, anhelos de grandeza, de abnegacion i de sacrificio, dudas é incertidumbres por el porvenir, acentos de temor i de inquietud, écos de angustia y de dolor, i, en una palabra, todas las palpitations de una existencia impulsada i sostenida por el aliento ardoroso de un ideal se sienten intensas i enérgicas, en cada cláusula rítmica de sus estrofas. De ahí nace para mi la espontánea suavidad de ellas, su fácil fluidéz, su tierna dulzura, su ardiente vehemencia, su platónica voluptuosidad i su quejumbrosa melancolia.

Todas sus rimas son, á no dudarlo, notas i fragmentos aparentemente aislados de silenciosos poemas que se enlazan y coordinan en las recónditas intimidades de su vida. Por eso creo que ellas, prescindiendo de los encantos de estilo que puedan tener i del interés transitorio é incidental que puedan despertar en uno que otro corazon femenino, solo serán leidas con ferviente ansiedad por aquellos que están vinculados á usted por una intensa i continua consonancia de sentimientos ó que hayan compartido sus sueños dorados como sus horas sombrías. De aquí se desprende, que para nadie tendrán el mérito que para us-

ted; no porque crea yo que usted puede dejarse ofuscar por afecciones de paternidad ni vanidades de autor, sino por que cada una de ellas es el compendio de una historia puramente suya

Cual otras muchas que á la par se ignoran.

A esto se agrega que hoy vivimos en la edad del metálico i no gustamos ya de sonoridades poéticas ni musicales. Lo que no se cuenta, aunque suene con ondulaciones divinas, pasará sin conmovernos. Por desgracia para el parnaso, hoy las Bacantes han destronado á las Musas, i la hora de la restauracion está distante.

No debo concluir sin felicitarle por no haber encontrado en sus poesias esas artificiosas i lánguidas pinceladas de amargura, de desencanto, de maldicion, de pesimismo i de nostalgia celestial, que tanto abundan en las obras de Espronceda, Leopardi, Maitin i los que siguen sus huellas.

Terminaré diciéndole que deseo que vd. publique sus cantos i se deje de gastar tinta, papel, tiempo i *fósforo* en bombas de jabon i nimiedades mujeriles.

Me alegraré si no escribe mas rimas.

De Vd.

J. B. Lezana.

Córdoba, marzo 19 de 1885.

RIMAS.

I.

A cada nota que hiere
sobre las teclas tu mano,
estremecerse parece
mi corazón inspirado,
 porque en mi pecho
 también hay fibras
 que se conmueven
 y que suspiran,
cuando el soplo del amor
las hiere suave y ledo
como suspiran las harpas
cuando las ajita el viento.

II.

Yo adoré desde muy niño
en mis ensueños un ángel,
y hoy en mi alma de joven
su divina esencia esparce
como en los bosques de América
la inocente *flor del aire*.

No está en la tierra su cuna,
ni es de esos seres mortales
cuya existencia al aliento
de este mundo se deshace;
mi amada no es de la tierra,
que es pura cual *flor del aire*.

—

Desde que su amor es mio
siento á los cielos alzarme,
y quisiera que al morir
en sus álas me llevase.
Sí; quiero morir como ella,
como las *flores del aire*.

III.

Como á esos puros albores
en la risueña pradera
abren sus hojas las flores,
al nacer la primavera
nacieron nuestros amores.

Cual los aromas del suelo
vuelan de la luz en pos
al pié del trono de Dios,
para elevarnos al cielo
nos juntaremos los dos.

IV.

Como el amante de la pradera
vive cantando su compañera
mientras vivamos te cantaré;
serás el ave de mis amores,
y á los del dia primos albores
en tus ensueños te arrullaré.

Cuando la noche de la amargura
nuble mis dias, en mi tristura
tú mi consuelo solo serás;
tú el arpa tierna que al alma mia
la luz hermosa de la alegría
con tus acentos derramarás,

Cual blanco cisne que en clara fuente
muere entonando rumor cadente,
cuando tú mueras me oirás á mí;
será tu nombre mi último acento,
y cual las hojas en pos del viento
iré á los cielos en pos de tí.

V.

Tempestades rugientes, si solo
me hallais en la selva
reclinado en un tronco de encina
por la mano del tiempo deshecha;

suspended vuestra marcha y dejadme
que eleve mis quejas,
cual tierna paloma
que á su esposo en las ramas espera.

Mas si en brazos me hallais de esa vírgen
que calma mis penas;
si mirais que en sus lábios mis lábios
estampan su huella,

abrazados asi, y en mi seno
reclinada su hermosa cabeza,
ajitad vuestras álas de polvo
y á los cielos llevadme con ella.

VI.

Cual duermen los pichones
al descender la tarde
al seductor arrullo
de la amorosa madre,
así esa linda rosa
con que tu pecho ornaste,
blanca como la nieve
que sobre el monte cae,
dormia descuidada
al arrullo inconstante
de esa arpa que en tu seno
enamorada late.

Y yo pensé al mirarla: ¡quien pudiera
posar allí la sien un solo instante
y dormir con el sueño de esa rosa,
y en la mañana cuando el alba nace
recibir una gota de rocío
de los ojos de ese ángel!

VII.

Los rayos que primero
de las tinieblas brotan
y en la selva despiertan
adormecidas notas,
parecen las visiones
de una alma soñadora,
de una alma jóven que por vez primera
en sus vírgenes álas se remonta.

Esos colores débiles
que el horizonte bordan
y anuncian indecisos
el reino de las sombras,
parecen las visiones
de un alma soñadora
de un alma que por vez primera siente
de la duda las nieblas que la acosan.

Y esas tinieblas mudas
que el sentimiento ahogan,

esos gemidos lùgubres
que de la selva brotan,
parecen los fantasmas
del alma que solloza
sumerjida por siempre en el abismo
del eterno pesar que la devora.

VIII.

El sol llega al zénit, la tierra toda
parece dormir;
en las ramas del sauce á cuya sombra
repose, el ave silenciosa está.

Hasta las ondas del plateado rio
que en blandas hebras discurriendo van,
sus plácidos murmullos
parecen acallar.

Entónces en el fondo de esas aguas
miro lucir tu imágen celestial,
como luce velada para las brumas
la estrella matinal.

Miéntras todo reposa, el pensamiento
no puede reposar,
y en el fondo de mi alma tu recuerdo
siempre ajitando mi cerebro está.

IX.

En hondos pensamientos sumerjido
en el templo de Dios,
oi detras las rejas del convento
el éco de su voz,

Y como mueve el aura pasajera
las hojas de la rama,
así aquel canto fúnebre estremece
las fibras de mi alma.

Luego á un estraño impulso
volviendo la cabeza
ví la célica forma de su cuerpo
como un vapor trás la pesada reja.

Y en su doliente canto
con lúgubre gemir,
parecia decirme: -ya estoy muerta!
«olvídate de mi!»

Un doliente gemido de mi pecho
estremece la vóbada sagrada,
como la voz del harpa del poeta
que bajo el peso del dolor estalla.

«¡Muerta!» repite el éco,
y mis lábios murmuran: «Dios terrible,

-devuélveme esa flor idolatrada
"para adornar las aras de mi pecho!"

.....

Este sueño espantoso
incesante perturba el alma mia,
desde la noche aquella en que, deseabas
ser esposa de Cristo, me decias.

X.

El invierno ha llegado; densas nieblas
la cima ocultan ya de la montaña,
y en ténues velos descendiendo lentas
cubren tambien la playa.

Las hojas de los árboles marchitas
cubren tristes las rocas de su planta,
y en álas bajan hasta el hondo valle
de las brisas heladas.

A las rocas del monte al caer la noche
envuelto subo por la niebla vaga. . . .
Ay! parece la duda que ya estiende
sus velos en mi alma.

Allí las hojas secas con mi mano
arrojo en medio de las frias auras,
porque no quiero ver ese presagio
de muertas esperanzas.

XI.

Guardo escondidas en secreto cofre
con el mas grande amor de mi existencia,
un ramillete de adoradas flores
ya sin olor y secas.

Mas secas....¡yo no sé que hondo misterio
tus flores me revelan,
no sé porqué yo leo entre sus hojas
con funerarias letras,
«tú la tumba serás de mis amores
«la cuna de mis penas!»

XII.

La luna se retrata en el espejo
de las aguas tranquilas,
como cuando arrobados nos miramos
me retratan tus plácidas pupilas.

Y contemplo la onda deslizarse
del lago por la nítida tersura,
como nuestros amores
por el espacio azul de la ventura.

XIII.

Su rostro de su alma era el retrato,

y su alma era un nido de pesares,
y en su mirada lúgubre jemian
sus penas á millares.

Cuantas veces sondear he intentado
el misterioso abismo de su pena,
con mi mano romper de su tormento
la bárbara cadena!

No era tarea para mí, tan débil,
no era tarea para el hombre, no;
y la muerte los hierros del martirio
piadosa desató.

En la sombría piedra de tu lápida
he dejado una gota de mi llanto.
Ah! dos almas hermanas que han llorado
¡ay que han llorado tanto!

XIV.

¿Has oído bramar el viento
en las selvas desecadas
y conmover hasta el fondo
del abismo las entrañas?
Así braman las pasiones
en el abismo del alma.

Y has visto cuando la luna

platea las crestas altas
aplacando de los vientos
la conmovedora saña?
Así es del alma la paz
cuando brilla una esperanza.

XV.

Cuando en la hora de insomnio de la noche
medito en el silencio de mi celda,
al par de los latidos de mis fibras
siento mi lira que se ajita y tiembla.

Y á cada gota de mi lloro triste,
a cada son de mi constante queja,
cual si sintieran como yo, suspiran
sus jemidoras cuerdas.

Y yo no sé qué vinculo secreto
existe entre la lira y el poeta,
que cuando el alma del poeta canta
las cuerdas de oro de la lira tiemblan.

Oh! pienso que el poeta cuando nace
una lira en el alma trae impresa,
y por eso solloza desde niño,
y sollozando hasta la tunba llega.

XVI

Yo tiemblo cuando rujen
los vientos en la playa,
por que llamarme siento
por una voz estraña,
como si alli rujiera
el huracan del alma.

Yo lloro cuando lloran
las aves en las ramas,
y jimo cuando cruzan
sobre mi sien las auras,
porque en mi mente avivan
tormentas y borrascas.

Y de mis ojos siento
descender una lágrima,
si del cénit me mira
la luna con luz plácida,
porque mirar me creo
la faz de la esperanza.

Y mi dolor despierta
las cuerdas de mi arpa,
que yacen adormidas,
dormidas y olvidadas,
y que despiertan solo
cuando despierta el alma.

XVII

Como los sueños de la violeta
blanca y azul,
cual los colores ya moribundos
del de la tarde pardo capuz;

Asi tusojos duermen tranquilos
cuando tus fibras sientes temblar,
al soplo leve de los amores
como las brisas muertas del mar.

Ah! yo quisiera que entre mis brazos,
Cual la violeta blanca y azul,
Te adormecieras, cuando en la selva
La tarde extiende pardo capuz.

Y asi en mis brazos tú adormecida,
tremante yo,
mis juramentos de amor oyeras
entre los écos de mi cancion.

XVIII

Mírame siempre asi, jamás apartes
tu profunda mirada de la mia,
si no quieres que el hielo
convierta mi alma en una tumba fria.

Tu mirada en el rayo de la nube
que incendia con su llama la pradera;
ay! nunca de mis ojos la levantes
por que goza mi espíritu en la hoguera!

XIX

El eco de ese salmo dolorido
que al instrumento arrancas
Hace temblar las fibras de mi pecho,
como tiemblan las auras
al sople de las notas jemidoras
que llevan en sus álas.

Yo no he creído que el amor sea eterno
ni que acompañe al alma
mas allá de la tumba, mas los ecos
que al instrumento arrancas,
me dicen que es eterno el sentimiento
del alma enamorada,
y eterna la ventura
del cielo á donde, locos, nos arrastra.

XX

Eres tú para mí como los rayos
del sol meridional
á las flores del aire que embalsaman
la selva en la estacion primaveral.

Eres tú para mí como la sávia
que eleva á la palmera
en la abrasada arena del desierto
hasta el cielo, orgullosa y altanera.

La vida es un desierto y yo el árbol
erguido y solitario. . .
Sin tí que me das vida, el mudo ámbito
seria mi sudario.

Eres tú para mí, la vida, el todo,
. todo eres para mí. . .
Ay! arrancáme pronto de esta duda:
¿qué soy yo para tí?

XXI

Eres el dios que arrancas de mis fibras
Las notas una á una,
eres el aura que mi sien orea
cuando la inspiracion la ajita y turba,
eres el nectar que la amarga copa
de mi existencia endulza.

Somos los dos palomas de una selva
perfumada é inculta,
donde no llega el grito
de las pasiones que la dicha enturbian;
nuestro nido es el cáliz de las flores,
nuestro amor, el amor de los amores.

XXII

La sucesion eterna de los años
borra con mano cruda
de la faz de la tierra los imperios,
y del hombre los ídolos derrumba;
pero tu amor del fondo de mi alma
no ha de extinguirse nunca!

La brisa de las horas matinales
y la brisa nocturna
arrastran en sus vuelo las visiones
del pensamiento y léjos las sepultan;
pero tu imájen de mi mente, hermosa
no ha de borrarse nunca!

El viento con el roce de sus álas
borra las inscripciones de las tumbas;
los huesos se convierten en el polvo,
en la honda nada que la piedra oculta
mas tu nombre del fondo de mi alma
no ha de borrarse nunca!

Sí! volaremos juntos por las selvas
cual dos palomas que nacieron juntas,
y juntos llamaremos
á la puerta sombría de la tumba.

XXIII

Cuando veo las gotas de rocío
que caen de las flores,
suelo pensar: en el sepulcro mio,
en la hora del crepúsculo sombrío,
la vírgen de mis célicos amores
¿acaso llorará sobre mis flores?

Cuando por la morada de los muertos
paseo y oigo el llanto
de la brisa en los sótanos desiertos,
y se estremecen esos huesos yertos,
siento temblar mi médula de espanto!
Ah! caerá sobre mi tumba llanto?

Yo sé que nadie llorará en mi tumba
que ni una flor en ella crecerá;
mas no me importa: cuando yo sucumba
de mi pecho una planta nacerá;
su flor será la gloria
y hará feliz por siempre mi memoria.

XXIV

En el fondo sombrío de la noche
se divisa en la playa,
velada por las fúnebres tinieblas,
la tumba de la aldeana
muerta de amor en su primer mañana.

Yo conozco su historia y me arrodillo,
y riego con mi lloro aquella lápida,
y me habla desde el fondo de la tumba
el alma de la aldeana
muerta de amor en su primer mañana.

Así estará mi tumba, en un desierto
ó al pié de una montaña,
donde al nacer la aurora
recibirá el rocío de sus lágrimas,
cual bañan en la noche
la tumba de la aldeana
muerta de amor en su primer mañana.

El calor de tu beso postrimero
despertará mi alma
del fúnebre letargo de la muerte,
y desde el fondo de la tumba helada
responderá á tu alma el alma mia
como responde el alma de la aldeana
al beso redentor de la mañana.

XXV

Yo quise que prendieras
una camelia leve como un tul,
sobre tu corazon, porque brillára
como una estrella sobre el cielo azul.

Y al sentir que era mudo de latidos
tu tierno corazón,
como herida de un soplo de los hielos,
deshojada cayó!

Pensé,—si mis amores
derramo en los umbrales de ese altar,
heridos por el tacto de ese mármol,
¿también bajo sus plantas caerán?

Porque es su alma un santuario donde anidan
perfumes de alborada,
y donde el rayo de la blanca luna
enciende el claro-azul de su mirada.

Ah! pero no son míos
los celestes perfumes de su aurora,
ni la luna que duerme en su pupila
alienta mi alma cuando triste llora.

No murió el corazón porque es de fuego
ni se perdió por siempre aquella flor;
y al riego de mi llanto aún más pura
la nítida camelia renació.

Escucha lo que á solas
cuando dormites ella te dirá;
si no la quieres, díselo, y entonces

en el fondo del alma
su tumba encontrará.

XXVI

Cuando en mi mente despiertan
los recuerdos de la infancia,
me parece que del cráneo
quiere reventaa el alma
para volver á los tiempos
de las auras perfumadas,
donde es un sueño la vida
y el dolor vano fantasma.

Ah! pero el alma no puede
cortar del tiempo las alas
para retornar el vuelo
á los dias de la infancia:
el sér se acerca á la tumba
y está entreabierta la lápida;
entremos en ella, entremos:
¿qué ha sido la vida? Nada!

XXVII

Solo una vela moribunda ardia
junto al mortuorio lecho,
y á su lado, la víctima esperando,
tendido estaba el féretro.

Una sábana blanca
oculta su semblante amarillento,
y aquellas dos pupilas
llenas de inspiracion en otro tiempo.

Su hija, niña de cabellos de oro
y corazon de fuego,
apoyada en mi brazo se acercaba
á estampar en su frente el postrer beso.

Yo descorrí el sudario,
y al contemplarle muerto,
ella dió un grito, y en la frente helada
sonó el último beso!

Ay! pero el frio de esa yerta frente
y ese mirar de hielo,
sacudieron el alma de la niña
y helaron su cerebro.

Loca! Y desde ese dia ante sus ojos
flotaba siempre el féretro,
la vela moribunda, y una jóven
que en la amarilla frente estampa un beso.

XXVIII

Ya vuelve la primavera
con sus cantos, con sus rosas,

y de nuevo arreboladas
aparecen las auroras.

A la tarde, en los collados,
vibran escondidas notas,
y sobre océano de flores
la luna su frente asoma.

Todo nace á nueva vida!
y hasta las las desiertas rocas,
de verde musgo bordadas,
se retratan en las ondas.

Solo en su pecho, difunto
mi amor há tiempo reposa,
y ni se ajita una fibra,
y ni respira una nota.

Oh! alma cuando verás
sobre la cumbre la aurora
que ha de ahuyentar ese mónstruo
que te encadena en las sombras!!

XXIX

Vestida de alba túnica, su talle
parece una azucena,
y leve tul, como jiron de lunas,
envuelve su cabeza.

Una sonrisa agonizante y vaga
sonámbula en sus lábios juguetea,
y la mirada enciende su pupila
cual si fuera el amor de la tiniebla.

Tal está en el retrato, en fondo negro,
cual si el hábil fotógrafo quisiera
mostrarnos en el fondo de la noche
de un cometa la ardiente cabellera.

XXX

El águila remonta á las alturas,
el cóndor en las nubes tiene el nido,
y en las altas regiones de la idea
ajítase tu espíritu.

La nube sigue al viento en el espacio,
la luz sigue las ondas del abismo,
y siguiendo la estela de tus alas
tras tí vuela mi espíritu.

Como se alumbran entne sí los soles
convirtiendo en hoguera el infinito,
cual cóndores andinos en las cumbres
se guian por las rutas del vacío,
por los cielos de luz del pensamiento
se guirán tu espíritu y mi espíritu.

XXXI

Inmóvil como una estatua,
muda cual tumba vacía,
como si en su sér entero

no palpitára una fibra;
astro apagado en la noche,
velado sol en el día,
como si en su mente hubiera
un volcán hecho cenizas,
así es para mí la hermosa
que eternamente me ajita.

Pero hay algo en su mirada
que destella, que me inspira,
como si allí palpitára
la inspiración del artista;
y en sus labios cincelados
se divisa una sonrisa,
cual si sonriera al mundo
que ante lo bello se inclina;
pero es sonrisa de estatua,
chispa del genio de Fidias.

Ah! Si hubiera acaso un arte
que inoculara la vida
en las estatuas de carne
y en las corolas marchitas! . . .
Pero nó! Vén á mis brazos,
mármol que espera la chispa,
y entónces con tus miradas
y el fuego de tus pupilas,
los astros caerán rodando
desde la esfera encendida!

XXXII

Prometeo en la cumbre encadenado
con su gigante empuje forcejea,
y de un buitre la garra punzadora
con sangre del coloso el monte riega.

A cada herida que en su cuerpo se abre
brama, rechina, cruje la materia,
pero jamás la garra encarnizada
puede tocar la idea.

Nada importa! Al espíritu valiente
clavadle en una cruz ó en una hoguera:
siempre libre y audaz como el relámpago,
abrasa en su fulgor toda la tierra.

Atrás, espectros de un Olimpo añejo,
atrás con vuestro séquito de nieblas,
que ya dora las cúspides la antorcha
inmortal de la idea!

XXXIII

Con estruendos de mares turbulentos
se ajita la tormenta en el espacio;
de nube á nube con fragor se cruzan
siniestros los relámpagos.

Mudas como las luchas del vacío
son las tormentas ay! con que luchamos,
y de sus ojos á mis ojos vibra
un deslumbrante rayo.

Y al asomar la luna, adormecida,
como la amante nóvia de los astros,
los mónstruos del horror se desvanecen
veloces y fantásticos.

Pero en las hondas luchas de nuestra alma
jamás veremos asomar ni un rayo
de esa luz que destierra las tormentas,
y del cerebro ardiente los relámpagos.

XXXIV

Yo te he visto correr junto al relámpago
sobre nubes de fuego,
y era mas vivo tu esplendor, hermosa,
que el rayo de los cielos.

Sublime cuadro! Tus cabellos de oro
estendidos al viento
brillaban con la luz de los cometas
é iluminaban el azul inmenso!

Y eras tú como un astro fujitivo
de su órbita saliendo,

para encender en mi cerebro loco
volcánicos ensueños!

XXXV

Sus ojos del color de la violeta
me parecen un sueño que deslumbra,
y sus miradas cuando en mí se duermen
son rayos de la luna.

Yo amo una vision de mis ensueños,
y este amor me parece una locura;
y ella existe y la veo y me fascina
y su esplendor me inunda.

Pero yo ansió que mis cantos oiga;
quiero tocar el velo que la oculta. . .
Vision, ven á mis brazos. . . !Mas ah! nada!
Sí! loco estoy sin duda!

XXXVI

Es un rayo de luna su hermosura,
son oro sus cabellos;
Fidias trazó los mórvidos contornos
de su líjero cuerpo.

Pero nadie creyera que su alma
es un trozo de hielo.

y el débil rayo de su azul pupila
frio cual la mirada de los muertos.

Sus lábios no sonrien
y es mármol su cerebro,
y el alma del artista huyó de ella
porque la tuvo miedo.

Y siento, sin embargo, que mi espíritu
quiere habitar dentro;
ah! deja que penetre, y al instante
la dura nieve trocaráse en fuego!

Mi espíritu en el tuyo! Ese mármol
se agitará como el volcan sin freno;
la inspiracion encenderá la piedra....
Despues... el mundo es nuestro.

XXXVII

Siempre dormido está dentro del pecho
mi corazon, como la dura roca
bajo montes de nieve sepultada,
donde el sol nunca su su destello asoma.

¿Qué será? Es que ha muerto el sentimiento
helado del dolor bajo la sombra,
ó es que el cerebro en su luchar sin tregua,
todo el calor al corazon le roba?

No lo sé; pero siento
en mi pecho el amor muerto de frío,
y en el fondo del cráneo el pensamiento
revolverse y arder hondo, bravío!

XXXVIII

Era el Eden nuestra mansion: las flores
perfumado dosel entretegian
al mirarnos pasar, y los amores,
encendiéndonos mas, se nos reian
jugueteando en las ramas bullidores.

Ella al sentir el fuego de mis besos
del fondo de su alma suspiraba,
y al envolverme yo con sus espesos
cabellos negros, suaves y traviosos,
por un mar de tinieblas navegaba.

«Oh! que no acabe nunca nuestro cielo!»
—repetia temblando de emociones,
y nuestros dos ardientes corazones
como náufragas naves sin consuelo,
luchaban con un mundo de pasiones.

Pasaron muchos años. Al estruendo
del vértigo social nos reunimos;
«¡si era un sueño!» —me dijo sonriendo;
«¡si fué locura!» —repetí fingiendo,
y luego nos miramos y reimos!

XXXIX.

Es leve como una hoja
que sobre el aura navega,
y cuando marcha, entre nubes
de plata y nieve vá envuelta;
la sigo con la mirada,
y me arrastra y me encadena,
como van los pececillos
de la nave tras la estela.

Pero he penetrado al fondo
de su corazon ¡ay penas!
y en él he visto elevarse
deslumbradora y soberbia,
mas brillante que el sol mismo,
una Casa de Moneda!

XL

Era un trovador errante
de muchas damas querido,
que con el laud de oro
desafiaba su destino;
su pelo negro, muy negro,
se partia en leves rizos,
y sus bigotes de sombras
como dos flechas torcidos,
ocultaban en sus lábios
la guarida de los ritmos.

Todo su traje era negro,
como era negro el abismo
donde forjaba canciones
encarcelado su espíritu.

Y este trovador errante
llega de noche á un castillo
que á los rayos de la luna
era un leviatan dormido;
ante una reja se pára
donde un destello marchito
anuncia que álguien sus horas
contando está entre suspiros.

Ay! el trovador arranca
de su laud cada trino,
cual si arrancára del pecho
mundos de amor infinito...!

Y á aquella reja no asoman,
y el destello mortecino
vá muriendo, vá muriendo,
como un oscilante cirio.

El cantor cambia sus quejas
en un valiente rujido,
y al pobre laud estrella
contra el hierro negro y frio.

XLI

Era mi corazon tan delicado
como una arpa que llora con el viento,

y mis amores como el dulce aroma
que en el valle de Sion vierten los cedros.

Brindarlos quise en una copa de oro,
y yo que los creí dignos del cielo,
lloré como un chiquillo al contemplarlos
volver á mí, corridos, en silencio.

Pero no lloro ya; pues he aprendido
en esta historia que jugando cuento,
que es mi amada un artista tan notable
que en sí misma de Dios halla el modelo!

XLII

Espléndida mañana! El sol velado
por leves gazas é impalpables tules,
vá elevando su frente de oro y fuego
envuelto en'el perfume
de la creacion que goza en su mirada,
como la linda novia enamorada
que absorve con delicia
en sus ojos al ser que la acaricia.

Espléndida mañana! El sol cubierto
se eleva sobre el monte y el desierto,
y evapora el rocío
que se ajita en la flor de la montaña,
y al orbe aturde inmenso vocerío,—

himno sublime con que á Dios aplauden
el monte, el llano, el ave, el bosque, el rio.

Levanta pensamiento! Vuela en torno
del rey del mundo, y sigue su carrera,
hasta romper los velos
que á tu mirada ocultan,
el sombrío secreto del arcano
y el eterno misterio de los cielos!

XLIII

El amor! el amor! Oigo las gentes
que se gritan: «Amaos sin cesar!»
Y por el polvo que se arroja á un muerto
encienden guerra y á matarse van.

Amor, canta el poeta, y á los hombres
quiere en un solo abrazo confundir,
y los hombres se abrazan, y el poeta
rueda hácia un lado como un fardo ruin!

Amor, oh santo amor! No eres el mismo
que naciera en los llanos de Sion;
tú redimiste el mundo, pero ahora
eres tea de incendios y de horror!

Yo me refugio en tí, oh gran poema!
Ábrème tu regazo colosal,

porque yo te comprendo, y en mi vida
eres luz, esperanza, ciencia y paz!

XLIV

Dadme perfumes de la patria mia;
de mis nativas selvas
tejed coronas de silvestres flores,
de jazmines del aire y violetas.

El perfume es el alma
que brota desde el fondo de la tierra,
y en columnas aéreas al espacio
levanta el pensamiento del poeta.

Dadme perfumes de mi patria, dadme,
y esos ritmos sin número que elevan
las aves, las corrientes
que al pié del Andes murmurando ruedan.

Quiero cantar sus glorias inmortales,
la gigante epopeya
que vive en esos muros de granito,
donde el héroe estampó su ardiente huella.

¡Ah! quien me diera el ímpetu del cóndor,
la majestad de esa montaña inmensa!
Mis cantos estalláran en los siglos,
y como Dios, mi patria fuera eterna!

LEJOS!

Super flumina Babilonis...

SALMO.

Sólo y errante en extranjeras selvas
oyendo el éco de extranjeras auras,
¿cómo quereis que exhale de mi lira
cantares de bonanza?

No veis esa paloma vagabunda
cómo cruza los aires solitaria
mirando con tristeza entre las selvas
los nidos de otras aves en sus ramas?

Yo, ave errante de mi alegre nido
el viento del dolor me alzó en sus álas,
y derribó las flores de mi cuna
marchitas, deshojadas!

Como podré cantar lejos de ella
si vivo triste, huérfano del alma!
Olvídame por siempre vida mia
si exhala un éco de placer mi arpa!

¿Cómo podré cantar? Ah! nunca, nunca,
profanaré el recuerdo de la patria!
Solo oirán su nombre, solo el suyo
las extranjeras playas!

Si acaso un día de ilusiones preso
trina el laud canciones de esperanza,
desgárrense sus cuerdas para siempre,
ay! enmudezca para siempre el harpa!

LA ORACION

Silencio en torno! Las leves nubes
que en dulce vuelo siguen al sol,
como cortejo de albos querubens
al alma invitan á orar á Dios.

Venid! El cielo cruzan regueros
agonizantes de opaca luz;
sobre los montes y los oteros
tiende la tarde fúnebre tul.

Rios de sombras, copos de nieve,
azul, topacio, grana y carmin,
bordan el cielo de gasa leve,
en pos del astro, con formas mil.

Y el sol despide su luz postrera
para dormirse bajo dosel
de oro y celajes; la tierra entera
en ese instante fija está en él.

El cuadro entónces se desvanece
tan lento como la muerte vá:

el día muere!, y se estremece
la tierra al éco del bronce ya.

El bronco acento por las montañas
vá resonando con triste voz,
y desde el fondo de las cabañas
tiernas plegarias se alzan á Dios.

Las madres tristes llaman sus hijos
que amantes miran sobre el azul,
y de las peñas los crucifijos
apenas besa la última luz.

La jóven madre, viuda doliente,
que entre las rocas dejó su amor,
con su hijo en brazos bello, sonriente,
vá á demandarle su bendicion.

Ah! yo la he visto! Su amor salvaje
en la comarca no tiene igual:
como la tórtola dentro el ramage,
sobre la tumba la oí rezar.

Hora sublime! Dulces miradas,
todas inmóviles, fijas en él!
Oh! almas puras y enamoradas,
dadme un instante de vuestro eden!

Alza, alma mia, la frente y mira
venir las sombras, huir la luz;
de vida y muerte soplos aspira,
pinta tus álas de oro y azul.

Tú, pensamiento, que de tí mismo
quieres el negro caos romper,
tiende tus álas hácia el abismo
y los arcanos rasga del sér.

Esos colores que el horizonte
bordan de iris detrás del sol,
esos murmurios que alzan el monte,
el viento, el ave, con ténue voz;

es Dios que anima toda la altura
la tierra, el cielo, la sombra, el mar,
es la plegaria de la criatura
al Infinito Padre Inmortal.

Venid conmigo; sobre una roca
y entre albas flores se alza una cruz:
allí oremos y nuestra boca
despida al astro, rey de la luz.

Gratos recuerdos, serena infancia,
altar de piedras, santa oracion,
quedaron todos con su fragancia
donde mi madre me adormeci6.

Tú, madre mia, blanco lucero
que de mis pasos marcas el fin,
cuando de hinojos el mundo entero
piensa en el cielo, yo pienso en tí.

Ah! no te agravies si solitaria
subes al monte, contrita á orar,
porque yo nunca de tu plegaria
los tiernos ruegos puedo olvidar.

No, no te olvido! y en esta hora,
y en cada rayo que vá á morir,
veo tu imágen que el llanto dora
sola en las peñas pensando en mí.

Dios de los cielos, Dios del arcano,
que el mundo riges, la muerte, el sér,
no dejes nunca que impía mano
sus muertas penas vaya á mover.

No, madre, mia, no mas agravios,
tu hijo nunca te olvidará,
y amantes besos para tus lábios
la brisa errante te llevará.

Llegan las sombras, la noche impera,
de las plegarias cesó el rumor;
trae de luceros su cabellera,
lágrimas de oro del mismo Dios.

Salud, oh noche! viuda doliente!
¿tráesme acaso sueños de paz,
un fresco rayo para mi frente,
y suave aliento para luchar?

Salud, oh noche! Tu negro velo
me llena el alma de eterna sed;
llévame pronto de cielo en cielo:
eternamente quiero correr!

